



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

ENSAYO 

Karl Polanyi

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

CRÍTICA DEL LIBERALISMO ECONÓMICO



© 2016 de la obra, Kari Levitt-Polanyi

© 2016 de esta edición, Virus editorial

Título original:

The great transformation. The Political and Economic Origins of Our Time

Traducción: Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría

Revisión de la traducción: Virus editorial y Paula Monteiro

Edición y corrección: Paula Monteiro

Maquetación: Virus editorial

Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina

Diseño de cubierta: Silvio García-Aguirre (cartonviejo.net)

Primera edición en castellano: La Piqueta, 1989

Primera edición en Virus editorial: marzo de 2016

ISBN: 978-84-92559-67-1

Depósito legal: B-3743-2016



Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

PRÓLOGO. Emmanuel Rodríguez e Isidro López	9
INTRODUCCIÓN. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría	21
AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR	35
Primera parte	
EL SISTEMA INTERNACIONAL	39
Capítulo 1. La paz de los cien años	41
Capítulo 2. Años veinte conservadores, años treinta revolucionarios	67
Segunda parte	
AUGE Y CAÍDA DE LA ECONOMÍA DE MERCADO	85
I. «Satanic Mill» o la fábrica del diablo	87
Capítulo 3. «Moradas <i>versus</i> mejoras»	89
Capítulo 4. Sociedades y sistemas económicos	103
Capítulo 5. La evolución del modelo de mercado	123
Capítulo 6. El mercado autorregulado y las mercancías ficticias: trabajo, tierra y dinero	141

Capítulo 7. Speenhamland, 1795	155	DEL CAPÍTULO 2	435
Capítulo 8. Antecedentes y consecuentes	169	3. La ruptura del «hilo de oro»	435
Capítulo 9. Pauperismo y utopía	195	4. Golpe pendular tras la Primera Guerra Mundial	436
Capítulo 10. La economía política y el descubrimiento de la sociedad	207	5. Las finanzas y la paz	438
II. La autoprotección de la sociedad	235	DEL CAPÍTULO 4	440
Capítulo 11. El hombre, la naturaleza y la organización de la producción	237	6. Referencias bibliográficas sobre «Sociedades y sistemas económicos»	440
Capítulo 12. Nacimiento del credo liberal	243	DEL CAPÍTULO 5	447
Capítulo 13. Nacimiento del credo liberal (continuación): intereses de clase y cambio social	267	7. Algunas referencias sobre «La evolución del modelo de mercado»	447
Capítulo 14. El mercado y el hombre	285	DEL CAPÍTULO 7	455
Capítulo 15. El mercado y la naturaleza	307	8. La literatura de Speenhamland	455
Capítulo 16. El mercado y la organización de la producción	327	9. Las leyes sobre pobres y la organización del trabajo	460
Capítulo 17. La autorregulación en entredicho	339	10. Speenhamland y Viena	476
Capítulo 18. Tensiones de ruptura	351	DEL CAPÍTULO 8	480
Tercera parte		11. ¿Por qué no triunfó el proyecto de ley de Whitbread?	480
LA TRANSFORMACIÓN EN MARCHA	367	DEL CAPÍTULO 13	483
Capítulo 19. Gobierno popular y economía de mercado	369	12. Las «Dos Naciones» de Disraeli y los pueblos nativos	483
Capítulo 20. La historia en el engranaje del cambio social	389	ÍNDICE ONOMÁSTICO	491
Capítulo 21. La libertad en una sociedad compleja	407	ÍNDICE TEMÁTICO	501
COMENTARIOS SOBRE LAS FUENTES	423		
DEL CAPÍTULO 1	425		
1. El equilibrio entre las potencias	425		
2. La paz de los cien años	432		

Prólogo

EL UTOPISMO LIBERAL NO HA SIDO VENCIDO

Leer a Polanyi hoy

«La convicción que se impone cada vez más al observador de Europa Central es que toda la posguerra —con sus peripecias económicas, el milagro económico norteamericano de ocho años de coyuntura alcista, los períodos de expansión sostenida de los negocios de determinados países, así como toda la diversidad de aventuras técnicas, económicas y de política monetaria y comercial [...]— no es más que una crisis económica única, que circula bajo múltiples formas por la superficie del planeta, y de la que la crisis de 1929 a 1933 no representa más que la capa más reciente y violenta.»¹ Estas palabras, escritas en el año del ascenso del nazismo, son premonitorias y podríamos emplearlas para describir nuestra época. Basta cambiar las fechas y modificar ligeramente los ejemplos.

La crisis de 2007-2015 es solo la «capa más reciente y violenta» de una crisis que se lleva arrastrando desde los años setenta, cuando las formas de regulación del capitalismo fordista empezaron a saltar por los aires, empujándonos de lleno a la

Nota

Las notas al pie de esta edición corresponden al editor salvo en aquellos casos en los que se especifica que corresponden a los traductores (*N. de los T.*) o al autor (*N. del A.*).

1. K. Polanyi: «El mecanismo de la crisis económica mundial», *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid, Capitán Swing, 2014, p. 35.

globalización financiera, o si se prefiere arrojándonos otra vez a ese utopismo liberal que reivindica la autorregulación del mercado como principio suficiente de organización social. Como entonces, el recurso y la expansión del crédito, acompañados de una tecnología financiera cada vez más sofisticada, han permitido atrasar la crisis, desplazarla hacia el futuro, para estallar en cada ocasión con una virulencia mayor. Y, como entonces, nos encontramos ante un contramovimiento de resistencia que se expresa en «defensa de la sociedad», tratando de sostener los derechos sociales —la vivienda, la sanidad, la educación—. El problema es que este movimiento puede ser absorbido y neutralizado en una implosión social y política, que hoy por hoy la extrema derecha europea representa mejor que nada. Sin duda estamos en una época de fenómenos políticos imprevistos, que bascula entre los ensayos de «gobierno popular» y la reacción visceral, en una pendiente que, por el momento, se debe reconocer como una degradación secular de la democracia.

El fin de una civilización

La gran transformación fue escrita a finales de la Segunda Guerra Mundial, en el curso del último episodio de lo que Karl Polanyi (1886-1964) estaría de acuerdo en llamar «el largo siglo XIX». Dos guerras mundiales y la depresión más aguda del capitalismo histórico desde las guerras napoleónicas arruinaron lo que este judío de origen húngaro conoció como la «civilización del siglo XIX», cien años de paz, de gobierno de las instituciones del Estado liberal y de expansión del comercio internacional.

La recepción en español de este libro se produjo, no obstante, en unas condiciones completamente distintas. Se publicó en 1989 de la mano de una pequeña editorial radical, a la que el campo intelectual hispano, siempre parco, le debe entre otras cosas la introducción del Foucault más político.² Las Ediciones de La Piqueta

2. La Piqueta publicó libros y compilaciones de artículos y entrevistas de Foucault con títulos como *Microfísica del poder*, *Saber y verdad*, *Ge-*

publicaron *La gran transformación* en el comienzo de la primera crisis financiera de nuestro tiempo (1989-1993), que se repitió de forma aumentada en 1999-2000 y de modo paroxístico en 2007. En 1989, apenas era conocido el decreto de defunción del primer experimento histórico de regulación del capitalismo, el keynesianismo y el Estado del bienestar. Desde entonces, las trompetas del neoliberalismo han tronado con fuerza en los castillos del Estado y de la Academia, de los Bancos Centrales y de las emergentes agencias financieras, sin que dejaran oír otra cosa que las palabras mercado, desregulación, liberalización. Hoy podemos decir que la idea de la suficiencia de la autorregulación del mercado ha dirigido las políticas públicas, formado consensos internacionales, empujado una nueva era de globalización financiera y definido por completo eso que se llama «opinión pública».

Durante un tiempo, a golpe de burbuja, de aplazamiento sucesivo de la crisis, pareció que nada ni nadie podía oponerse a esta sencilla «verdad» del liberalismo. El reducido universo de las clases medias globalizadas se llenaba de mercancías baratas producidas por una fábrica irreversiblemente globalizada. Los increíbles desajustes que conllevaba el nuevo dominio neoliberal, como la creciente polarización social, el sobreendeudamiento de familias y empresas, la destrucción de los ecosistemas regionales, el pauperismo en la mitad del planeta expulsado de la cadena de valor o arrojado a sus rincones más marginales fueron temporalmente ocultados, bajo la promesa del inevitable goteo de riqueza hasta el lugar más apartado de la sociedad. Las figuras del *yuppie*, del emprendedor, del turista global, del consumidor exigente servían de modelo social y subjetivo. Aún hoy, en medio de una crisis no superada, apenas aplazado su próximo

neología del racismo y Hermenéutica del sujeto. Gracias a esa aberración legal que es la legislación —francesa y española— de propiedad intelectual, los restos de estas ediciones tuvieron que destruirse, y la editorial se vio obligada a cerrar. Los contratos verbales con el autor no pudieron ser defendidos frente a sus herederos, que exigieron compensaciones muy por encima de lo razonable. Todavía hoy algunos de los artículos de Foucault publicados por La Piqueta son inasequibles en castellano.

capítulo, testigos mudos de la extensión de la desestabilización y de la guerra global, todavía puede decirse que no hay marcos políticos, económicos y subjetivos que sirvan de alternativa suficiente.

A diferencia de nosotros, Polanyi escribe *La gran transformación* con la ventaja de un tiempo que sabe terminado. Si se quiere seguir la comparación histórica con el presente, conviene reconocer que cuando el autor publicó este libro conocía ya el final de una larga crisis que había comenzado antes de 1914 y que atravesó la mayor parte de su vida adulta. Nosotros, sumergidos en una interminable época de caos y crisis sistémica, sólo podemos decir que sabemos que estamos metidos de lleno en ella. Apenas vislumbramos sus posibles finales, o siquiera si estos serán abarcables en la vida de una o dos generaciones. Ése es el interés de leer a un autor que puede emplearse una y otra vez para interrogar no sólo a su tiempo, sino sobre todo al nuestro.

La gran transformación sirve de registro del fin de una civilización —la del siglo XIX— y de sus principales instituciones: el Estado liberal, los sistemas de equilibrio entre las potencias, el patrón-oro, los mecanismos del sistema de mercado autorregulado. Sin embargo, su punto de partida no es, como tantas veces se ha dicho, la crisis. Más bien le preocupa su «solución», concretamente la «solución fascista» que llevó a Polanyi a emigrar a Inglaterra desde su Viena natal. Cuando prepara los primeros materiales de lo que luego acabaría por recogerse en este ensayo, es patente que ya no hay una vuelta atrás a las viejas fórmulas del siglo XIX. El desempleo de masas, la lucha de clases, las presiones monetarias, la deflación obligada habían hecho surgir una figura nueva, que había llegado para quedarse, el Estado intervencionista; es el New Deal, los planes quinquenales de la URSS, el corporativismo del nazi-fascismo.

Por eso, el juicio del autor es demoledor y del todo ajeno a las perspectivas de la guerra civil europea y los dos totalitarismos con los que ahora acostumbramos a entender la principal crisis del siglo XX. Para Polanyi, el liberalismo decimonónico —preñado de idealismo, borracho de utopismo, reacio a toda reglamentación, planificación, racionalización, control— llevó al fascismo.

El fascismo, en tanto que negación de la libertad y del individuo, ruina de la democracia y de la libertad individual, aparece pues como un hijo imprevisto de una utopía, que consiste en organizar la sociedad alrededor del mercado, según el mercado. Polanyi escribió bellos ensayos sobre el nazismo, que consideraba una solución antagónica al socialismo, y una negación radical de la tradición cristiana —de su igualitarismo, de su ideal de comunidad—, pero que, paradójicamente, acabó sirviendo de «solución» a la crisis de la sociedad de mercado.³ La crítica de Polanyi es actual porque es una crítica tanto al liberalismo, como a sus posibles resultados políticos.

El utopismo liberal

La obra de Polanyi ha pasado a la historia del pensamiento europeo como una de las críticas más mordaces a la sociedad de mercado. Su originalidad reside en su perspectiva propiamente antropológica. No es una crítica a la economía política, sino del impacto de esta en la condición humana. La tesis principal es bastante sencilla: resulta imposible sostener una sociedad sobre la base de la idea de la autorregulación de los mercados. Entre los requerimientos esenciales de toda sociedad y el liberalismo existe una contradicción insalvable.

Para explicar pues el fascismo, *La gran transformación* excava en los cimientos del capitalismo industrial. Se remonta a la Inglaterra del siglo XVIII. La búsqueda le lleva a la época de las primeras «fábricas satánicas», a la gran dislocación social que produjo la revolución industrial. En sus palabras, «una revolución tan extremista y radical como todas las que habían enardecido el espíritu de los sectarios, sin embargo el nuevo credo era plenamente materialista y proclamaba que todos los problemas humanos podían ser resueltos por medio de una cantidad ilimitada de bienes materiales» (p. 99).

3. «La esencia del fascismo» en Polanyi, *Los límites del mercado...*, *ob. cit.*, pp. 65-94.

El liberalismo, en tanto que ideología material del nuevo industrialismo, promocionó una obra de ingeniería social sin precedentes en la historia de la humanidad. La economía, y concretamente el intercambio de mercancías en mercados autorregulados, se convirtió en la institución central y suficiente de organización social: una economía gobernada por los precios de mercado y únicamente por ellos, una sociedad reducida a la institución mercantil. La obra del liberalismo requería de esa operación, explicada innumerables veces, de reducción del ser humano a los estrechos marcos de la filosofía utilitarista y de la maximización del interés: el «hombre económico». El universal antropológico del reconocimiento social, en tanto que motivación esencial del ser humano, quedó así reducido a la mera acumulación de bienes materiales despojados de casi todo valor cultural.

No obstante, lo que hace radical e interesante la crítica de Polanyi es que va más allá de la denuncia de las ridículas bases antropológicas del liberalismo, que todavía conforman la mayor parte de la ciencia económica y estructuran su capacidad de «modelización». Su crítica y su potencia se establecen a partir del reconocimiento del trabajo institucional del liberalismo para imponer materialmente su utopía de la sociedad de mercado. El mercado autorregulado requiere de la coordinación de distintos mercados específicos que tienen que operar como tales. Se trata de algo más que ideología, es necesario que tierras, seres humanos y moneda funcionen como bienes intercambiables: mercancías «ficticias» y a la postre imposibles, más que al precio de la dislocación social, de la ruina antropológica.

Toda la historia del siglo XIX se explica así como el movimiento de un intenso trabajo institucional para crear los mercados necesarios: el mercado de la fuerza de trabajo a través de la proletarización y la desposesión de las viejas sociedades campesinas; el mercado de la tierra a través del desarraigo de los seres humanos respecto de su principal recurso y vínculo social, y el mercado monetario, empujado por las fuerzas del comercio mundial. Sin embargo, esa historia provoca en paralelo un «contramovimiento» de la sociedad, que para existir, requiere de su pro-

tección. Así, la radical proletarización de la fuerza de trabajo condujo en la Inglaterra decimonónica a la formación de las «dos naciones» —la sociedad de clases— y, con ella, al movimiento socialista. La desposesión de la tierra provocó en las metrópolis la aplicación de políticas proteccionistas y de defensa de los intereses de los campesinos, así como de las viejas oligarquías terratenientes. El patrón oro que funcionó como moneda-mercancía internacional tuvo que ser compensado con la creación de instituciones tan centralizadas como los bancos centrales, únicos capaces de garantizar la confianza en la moneda en las épocas de pánico financiero.

La «civilización del siglo XIX» fue el resultado del equilibrio entre este movimiento hacia la sociedad de mercado y este contramovimiento que trataba de garantizar unos mínimos de protección social. A la contra del axioma liberal, ambas dinámicas requirieron de una intervención activa y constante del Estado. No obstante, de la lectura de Polanyi se deduce que el equilibrio fue precario y que no alcanzó a consolidarse a pesar de los «cien años de paz» y de haber establecido instituciones tan notables como la «democracia representativa». Finalmente, la fe liberal —y Polanyi siempre subrayaba las palabras *fe* y *credo*— en un sistema de mercado capaz de autorregular y gobernar la sociedad acabó por destruir la sociedad.

La paz del comercio se tornó, según avanzaba el siglo, en la de las rutas comerciales protegidas por las cañoneras. A partir de la crisis de la década de 1870, los grandes Estados se volcaron en la creación de sus propios imperios coloniales, ávidos de exportar capitales y de engullir ingentes cantidades de materias primas para una industria devoradora. A este respecto, Polanyi deja también escapar párrafos, a veces páginas enteras, sobre el papel de la violencia colonial en el despojo de las instituciones comunitarias de los pueblos nativos. El desarraigo proletario derivó en movimientos socialistas más fuertes y en episodios más violentos de tensión entre clases. Incluso el tribalismo antiilustrado encontró un nuevo alimento en los nacionalismos del fin de siglo. El liberalismo había agotado casi todo su arsenal probablemente antes de 1914, aun cuando en los años veinte

todavía intentase la última vuelta a los viejos tiempos. La civilización del siglo XIX se ahogó en la guerra y en el fascismo. La crítica al liberalismo sencillamente desnuda la razón de su fracaso, el vacío antropológico de sus presupuestos.

Polanyi izquierdista

Polanyi se formó y elaboró sus ideas en el marco de los debates políticos más vivos de su época, el final del Imperio austrohúngaro y los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Entre su Viena natal y Budapest, conoció de cerca a los llamados «austromarxistas» de Otto Bauer, a la primera generación de los comunistas de Lukács, a intelectuales como Mannheim, Sombart, Schumpeter y también a los primeros neoliberales europeos como Ludwig von Mises. Sin embargo, y salvo durante ese breve período, Polanyi no desarrolló una práctica militante. Su vida adulta transcurrió entre el periodismo, algunos encargos, becas como la que le permitió escribir *La gran transformación*,⁴ así como una intermitente labor docente que realizó principalmente como profesor en escuelas de adultos de origen obrero durante su exilio británico. Sólo al final de su vida alcanzó cierto reconocimiento académico como profesor en la Universidad de Columbia. Igual que sucedió con muchos otros intelectuales de la izquierda europea, el abandono de la militancia activa llegó de la mano del exilio y de la sensación de derrota que este comportaba.

No obstante, sus ideas políticas pueden considerarse siempre dentro del marco del socialismo cristiano. Polanyi leyó a Marx y al marxismo en términos propios.⁵ De este dijo que fue el mejor y mayor intento de construir una «sociología cristiana».

4. La Fundación Rockefeller le concedió una beca que le permitió redactar el libro y residir en los Estados Unidos entre 1941 y 1943.

5. Véanse, por ejemplo, los ensayos «El cristianismo y la vida económica» o «Comunidad y sociedad. La crítica cristiana de nuestro orden social», ambos en Polanyi, *Los límites del mercado...*, ob. cit., pp. 95-106 y 107-114, respectivamente.

Muy próximo a una lectura del joven Marx, que Polanyi no pudo conocer hasta muy avanzados los años treinta del siglo XX, se interesó sobre todo por aquellos conceptos de mayor profundidad antropológica, como el de fetichismo de la mercancía. Al fin y al cabo, su crítica al liberalismo era una crítica del mercado como ley abstracta y autónoma de cualquier otro principio social.

Pero en sus textos, el socialismo remite al cristianismo y a un propósito de comunidad que reconoce desde sus primeros tiempos; a esta religión se debe la idea de individuo y también la de igualdad entre los individuos. El mesianismo, propio de la tradición judía, se desliza en el convulso período de entreguerras, en ese marxismo del «fin de los días», en el que al menos en parte se puedan volver a construir relaciones «directas, inmediatas, personales», relaciones de comunidad. Su crítica «objetiva» al liberalismo, siempre incapaz de conservar la sociedad, es por eso y sobre todo una crítica ética. La utopía del mercado autorregulado y la dislocación que le acompaña —la sociedad de clases— son, a la postre, la negación ideológica y práctica de todo ideal de comunidad.

La crítica de Polanyi alumbró zonas oscuras del capitalismo que otros críticos no han logrado explorar. Dotada de su particular aparato antropológico, le permite obtener una imagen más penetrante de las sociedades capitalistas de mercado. De hecho, convertido en el teórico por antonomasia de ese poderoso mecanismo de destrucción de la sociedad que es el capitalismo, Polanyi ha inspirado toda una tradición crítica. Los rastros de la misma pueden seguirse en una buena colección de asunciones de determinadas izquierdas, que van desde las posiciones de radicalismo ético e intelectual de la «destrucción del mundo», hasta la crítica feminista del «capitalismo en contra de la vida». Pero la pregunta que inevitablemente surge es si esta antropología humanista y su fuerte carga ética pueden ir más allá de la agitación de las conciencias, esto es, si tienen o no una valencia política fuerte.

Polanyi, conviene insistir, no era ya militante en los años treinta, y tampoco un teórico militante. Su simpatía por el

movimiento socialista, no le llevó a considerar la política como la asignatura pendiente de su tiempo. En el libro que ahora prologamos, escribe: «El socialismo es, ante todo, la tendencia inherente a una civilización industrial para trascender el mercado autorregulado, subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática». Al tiempo que identificaba al movimiento obrero con el motor del principio de protección social, de defensa de la sociedad respecto al mercado, Polanyi —como antes hicieran muchos de los primeros socialistas del siglo XIX— negó el carácter positivo de la lucha de clases y se alejó del debate estratégico de su tiempo. Sólo cabía reconocer sus éxitos cuando se inclinaban del lado de ese principio ético de autodefensa de la sociedad respecto del mercado autorregulado. Ciertamente, esta posición distante contrasta con algunos de los textos del Polanyi más joven, cuando discutía, por ejemplo, sobre cuestiones relacionadas con el problema de la contabilidad socialista o de la autogestión obrera desde un punto de vista dirigido a los problemas prácticos de la organización sindical de la época. No obstante, esta ya no era la preocupación de *La gran transformación*.

En esta época, que principalmente inspira su «escuela»,⁶ se puede decir que como antropólogo consideró correctamente los límites de la idea de los «intereses de clase», pero como político quedó al margen de las posibilidades concretas que este movimiento representó en su tiempo. Polanyi sirve como

historiador y antropólogo, difícilmente como inspiración política para nuestra época. Lo mismo puede decirse de mucho de lo que provoca en el izquierdismo que se acoge a su herencia. La crítica adquiere en su estela un valor inapreciable. Pero la superación de la denuncia ética —y muchas veces estética— requiere asumir que la sociedad en que se vive está irreversiblemente dislocada. Una sociedad hecha de enfrentamiento y conflicto, que exige una mirada y una práctica menos universales que «de parte».

Emmanuel Rodríguez e Isidro López

6. ¿Existe algo así como un «polanyismo de izquierdas», una escuela de Polanyi? Ciertamente no de forma estructurada académicamente, con su correspondiente rosario de autores y polémicas, pero sí desde luego como una determinada posición argumental. Se puede decir de este modo que «el argumento Polanyi» se ha convertido en el principal recurso para sostener una posición de «conservadurismo antropológico», que tiende a afirmar que hay algo intrínseco a la naturaleza social humana que es necesario preservar frente al poder destructor de la autorregulación del mercado. Aquí no se pretende discutir hasta sus últimas consecuencias este argumento, que puede reconocerse en un buen número de autores en lengua castellana, así como en cierto ecologismo, sino más bien situarlo en una perspectiva política, y por ende estratégica, que en buena medida está ausente tanto en Polanyi como en el propio «argumento Polanyi».

Introducción¹

La gran transformación se publicó por vez primera en Nueva York en 1944. Un año después se editó en Londres y, desde entonces, este libro rotundo y fascinante ha sido traducido a varias lenguas.² Su redescubrimiento data sin embargo de los años ochenta del siglo pasado. El largo período durante el cual permaneció sumido en el olvido se debe en parte a su fecha de publicación y también a la radicalidad de las tesis que en él se defienden. Esta obra suponía —y supone— un giro copernicano en la interpretación de la génesis del fascismo. Con anterioridad, Karl Polanyi había publicado en Londres *The Essence of Fascism* (1935), así como una valoración nueva de los efectos sociales provocados por el reinado del liberalismo económico. La crisis económica, que se hizo patente a mediados de los años setenta en los países occidentales, y la catastrófica política neoliberal

-
1. Esta «Introducción» a *La gran transformación* fue escrita en 1989 por Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría para la versión que en su momento publicó Ediciones de la Piqueta. En esta nueva edición, hemos actualizado algunos términos, igual que en el resto del libro, y realizado algunos cambios referentes, por ejemplo, a las transformaciones históricas ocurridas desde entonces.
 2. Fue el editor norteamericano quien le puso el título de *The great transformation*. En Londres, este libro fue publicado con el título de *Origins of our time*.

del gobierno Reagan contribuyeron paradójicamente a redescubrir esta obra maestra.

Karl Polanyi (1886-1964) es conocido, entre nosotros, sobre todo por un libro del que fue coeditor: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. En él se estudian las economías capitalistas y se muestra cómo la acción económica puede estar presente en diversas dimensiones de la conducta. Los numerosos trabajos que lo componen constituyen una muestra representativa de lo que se ha dado en denominar la «escuela sustantivista de antropología económica», de la que Polanyi fue fundador. Estos problemas habían sido ya formulados sin embargo en *La gran transformación* que es, sin duda alguna, su producción principal, hasta el punto de que todos sus estudios posteriores giran en torno a las cuestiones que en ella se plantean. Los interrogantes y hallazgos que este libro nos proporciona sobre temas tan variados como el nacimiento de las teorías sociológicas, la legislación social europea de finales de siglo, las utopías sociales y las raíces históricas del fascismo se articulan en torno a un hilo conductor: el proceso de formación y desarrollo de la sociedad de mercado.

Un intelectual frente al poder

Este ensayo de Karl Polanyi está escrito en una encrucijada de la historia universal, cuando las grandes potencias se disponían a repartirse el mundo en zonas de influencia y cuando algunos países occidentales comenzaban a poner las bases del *Welfare State*. Es pues la investigación de un radical que sabe descubrir en los proyectos de una sociedad armónica —Robert Owen— el deseo imperioso de los hombres de preservar la sociabilidad. A diferencia de su esposa, Ilona Duczynska, militante comunista que participó activamente en la Revolución húngara de 1919 y a quien dedica el libro —«que todo lo debe a su apoyo y a sus críticas»—, la actividad política de Polanyi se circunscribe fundamentalmente al trabajo en los medios académicos.

Hijo de padres húngaros, nació en la prodigiosa Viena de fin de siglo. Estudió filosofía y derecho en Budapest y Viena.

Durante la Primera Guerra Mundial, combatió como capitán del ejército austrohúngaro, afincándose posteriormente en Viena, donde adquirió reputación como escritor y editor liberal. Desde 1924 hasta 1933, fue miembro del consejo de redacción de la revista *Der Österreichische Volkswirt*, publicación crítica de economía para la que escribió artículos de teoría económica y política. Como tantos otros intelectuales de origen judío, se refugió en Londres junto con su familia huyendo de la ascensión del fascismo. Adquirió la nacionalidad británica y fue contratado por la Universidad de Oxford y la de Londres como profesor de extensión universitaria. Las principales tesis de *La gran transformación* surgieron de su trabajo en cursos tutoriales durante el año académico 1939-1940, en las clases organizadas por la Workers' Educational Association. Una beca de la Fundación Rockefeller le permitió permanecer en los Estados Unidos entre 1941 y 1943, discutir sus tesis en seminarios y conferencias, y redactar el libro. El prefacio que le dedicó R. M. MacIver no podía iniciarse de un modo más elocuente:

He aquí un libro que hace que la mayoría de los libros de este mismo campo queden obsoletos o superados. Un acontecimiento tan poco frecuente es un signo de los tiempos. Aquí, en esta hora crucial, surge un nuevo modo de comprender la forma y el significado de los asuntos humanos.

En un clima de guerra fría, la lucidez debía pagar un alto precio. Polanyi sufrió, tras su retorno a Estados Unidos, junto con otros muchos intelectuales antifascistas, la caza al hombre promovida por el macartismo, lo que le obligó a abandonar Nueva York en 1947. Efectivamente, a pesar de que nunca fue marxista ni socialdemócrata, a pesar de que no se adhirió a ningún partido, no dejó de manifestar en los momentos críticos su adhesión al socialismo y su simpatía por la Unión Soviética que en los años veinte ensayaba aisladamente, y con grandes dificultades, nuevas soluciones económicas, teóricas y prácticas, a los problemas sociales. En Viena, mostró en numerosas ocasiones

su solidaridad con los trabajadores y sus intervenciones intelectuales se caracterizaron —como señala Godelier en el prólogo a *Comercio y mercado*— por la contundencia con que demolió la creencia de los economistas en los principios universales de la racionalidad económica y, por tanto, las bases de una teoría general de lo económico. En los últimos años de su vida, se lamentaba sin embargo de no haber proporcionado al Círculo Galileo —club de estudiantes e intelectuales que fundó en 1908, y del que surgieron miembros destacados del socialismo húngaro— una dimensión claramente política que habría permitido articular formas de resistencia contra el empuje de la barbarie fascista. En todo caso, quizás una de las causas de la actualidad de sus escritos radique precisamente en la superación de la escisión entre cabeza y corazón que preside hoy el panorama del trabajo intelectual. Las consideraciones éticas y morales sustentan sus investigaciones sociológicas precisamente porque son las urgencias del presente, y la resolución de problemas la razón de ser de sus ensayos.

Se trata —escribe— de buscar la verdad y cuando los tabúes de la tradición se convierten en barreras que impiden el paso es preciso actuar conforme a los postulados de la ética, pese a que los amantes de los compromisos y los oportunistas denigren esta actitud calificándola como un gesto de «superidealismo», una desviación «juvenil», una muestra de «quijotismo», o simplemente la consideren un acto de inexperiencia o de irreflexión. Se trata de optar por la justicia enfrentándose incluso con la ley, y de ensalzar la autoridad de los héroes de la belleza y de la verdad sobre las ruinas de la autoridad de las convenciones, del cinismo, de la ignorancia y de la inercia del alma.

En los escritos de este humanista societario no se recurre ni a la condena fácil ni a la indignación moral. Los capitalistas, considerados aisladamente, no son objeto de sus críticas; lo que combate es el sistema. Ahora bien, en su cartografía de los efectos devastadores del *laissez-faire* no hay concesiones al

romanticismo, ningún oscuro deseo de retornar a idealizados pasados o a paraísos perdidos que únicamente pueden recobrar realidad en los sueños. Lo que caracteriza y mueve su investigación genealógica es la apuesta de un intelectual que, en nombre de su ciudadanía, no renuncia a contribuir con su esfuerzo a construir, sobre los rescoldos aún humeantes de una gran transformación, una sociedad democráticamente vertebrada.

1. *Economía y sociedad*

En la Inglaterra de finales del siglo XVIII se inició la revolución industrial y con ella tuvo lugar el momento fundacional de una utopía económica capaz de reducir todos los elementos de la producción al estado de mercancías. Las racionalizaciones de la economía política, promovidas en un principio por los representantes de la ilustración escocesa, contagiaron de optimismo a emprendedores hombres de negocios y a industriales que se convirtieron en los predicadores de una nueva religión basada en la fe en el progreso. La tesis fuerte que Polanyi defiende con argumentos bien avalados documentalmen- te es la idea de que el liberalismo económico, quizá sin que lo pretendiesen los liberales, promocionó el progreso al precio de la dislocación social.

Los pioneros del absolutismo económico soñaron con una sociedad sin trabas para el comercio, de modo que esta viviese al ritmo marcado por el desarrollo de un mercado auto- rregulado. Pero este pilar central del credo liberal —que proporciona refuerzo y sentido a otras piezas fundamentales del sistema de mercado del siglo XIX tales como el patrón oro,³

3. El patrón oro es un sistema monetario que fija el valor de la unidad monetaria respecto a una cantidad convenida de oro. El emisor de la divisa garantiza que puede dar al poseedor de moneda o billete la cantidad de oro a la que estos equivalen. Este hecho, junto a la especial configuración de la estructura económica de principios del siglo XX, implica que no haya un director de orquesta del sistema internacional, puesto que él solo es autosuficiente. Asimismo, es importante recordar que durante los Acuerdos de Bretton Woods, en los que surgieron el

el equilibrio entre las potencias y el propio Estado liberal— dejó a las sociedades a merced de los vaivenes imprevisibles provocados por la especulación, el afán de lucro y la libre competencia en los negocios. Por primera vez en la historia de la humanidad, la sociedad se convertía en una simple función del sistema económico y flotaba sin rumbo en un mar agitado por las pasiones y los intereses, como un corcho en medio del océano. La tierra, los hombres y el dinero se vieron fagocitados por el mercado y convertidos en simples mercancías que ser compradas y vendidas. La naturaleza y los hombres, como cualquier otro objeto de compraventa sometido a la ley de la oferta y de la demanda, quedaron al arbitrio de un sistema caótico que ni tan siquiera conspicuos industriales, hábiles políticos y sagaces financieros acertaban a gobernar. Las viejas formas de sociabilidad fueron sacrificadas al nuevo ídolo del mercado autorregulado. Las territorialidades locales fueron barridas y las sociedades se vieron despojadas de su soporte humano y natural. No es extraño que en ese mundo en tensión se produjesen zarpazos y sacudidas como la primera Gran Guerra y, más tarde, la gran crisis del 29. Pero la descomposición de la sociedad de mercado y el largo período de letargo de la razón que acompañó al absolutismo económico alumbró aún monstruos más temibles que se presentaron bajo el estandarte de la salvación de los pueblos. Los nuevos líderes carismáticos se hicieron

con el poder para preservar la ley y el orden de la nación aún al precio de hacer marchar a la humanidad al paso de la oca. Para comprender el cataclismo que supuso el nacionalsocialismo, para comprender ese imperio de muerte que fue el fascismo, es preciso, nos dice Polanyi, tomar distancia: es preciso remontarse a la Inglaterra de Ricardo.

La gran transformación no es en esencia más que un inteligente y logrado intento de comprender el fascismo, esa negra noche que encadenó los sentimientos de humanidad. Tesis, pues, antipositivista arriesgada para intentar explicar, y por tanto contribuir a hacer irrepetible, ese fenómeno dictatorial que trató de reducir la civilización occidental a cenizas. Karl Polanyi analiza la historia de la sociedad de mercado y evalúa sus efectos; realiza, a través de pasos sucesivos, la genealogía de una nefasta utopía que atenazó las sociedades durante 150 años; muestra, en fin, el apogeo y la decadencia del *homo economicus*.

El lector encontrará en este libro resonancias weberianas, pues se trata de dar cuenta en términos de racionalidad de un proceso histórico; pero también percibirá los ecos de la obra de Marx y de Durkheim. De este último, no toma Polanyi tanto sus preocupaciones por la antropología como la importancia que concede a la sociabilidad y, en función de ella, a la educación, la transmisión de los valores morales y la política. Por lo que se refiere al marxismo, se interesa más por la situación de la clase obrera en Inglaterra que por los análisis de las formaciones sociales realizados a partir de las determinaciones económicas. Precisamente, su cuestionamiento de la centralidad de la economía de mercado le permitirá reprochar a Marx, y sobre todo a los marxistas, la primacía que conceden a las relaciones de producción a la hora de desentrañar la verdad profunda de las variadas formas que adoptan las relaciones sociales. Esa función heurística de la economía sería un efecto inducido en el marxismo por el credo liberal que tiende a proyectar sobre la historia de las sociedades la interpretación económica que pretende institucionalizar en la sociedad de mercado. Karl Polanyi invierte la propuesta: precisamente porque en las sociedades en las que reina a sus anchas el mercado autorregulado la sociedad

Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, el economista John Maynard Keynes propuso instaurar una divisa internacional, el Bancor. Sin embargo, decidió adoptarse el dólar estadounidense para dicha finalidad, siempre que la FED (Reserva Federal Estadounidense) «sostuviera» el patrón oro. Diversas economías del mundo empezaron a funcionar bajo condiciones de relativa estabilidad y crecimiento entre 1944 y 1971. Durante este período, los Estados Unidos se consolidaron como la principal potencia mundial. Esta etapa se conoce como la época dorada del capitalismo, «los treinta Gloriosos» o el *boom* de la posguerra.

A partir de 1971, los Estados Unidos cerraron definitivamente la ventanilla del oro. El dólar pasó entonces a sostenerse exclusivamente en la confianza que le daban sus poseedores a escala internacional (dólar-Wall Street).

permanece prisionera de las relaciones económicas, el liberalismo económico promueve un sistema de excepción radicalmente pernicioso que atenta contra los fundamentos mismos de la sociedad, contra la sociabilidad en cuanto tal.

Lo que se debate a lo largo de este hermoso estudio es justamente una cuestión central en la actualidad: el estatuto de la economía en una sociedad compleja. Y es aquí donde el brillo de la inteligencia, fruto de un riguroso trabajo y de una vasta erudición, nos ofrece un amplio fresco de sociología comparada de los sistemas económicos. Polanyi entronca con la mejor tradición anglosajona de antropología social. A partir del trabajo de R. Firth, *Primitive Economics of the New Zealand Maori* (1929), pero sobre todo de B. Malinowski, *Argonauts of the Western Pacific* (1930), de R. C. Thurnwald, *Economics in Primitive Communities* (1932), y M. J. Herskovits, *The Economics Life of Primitive Peoples* (1940), muestra cómo en las sociedades no industrializadas, en las denominadas «sociedades primitivas», el sistema de intercambio «estaba integrado en la organización general de la sociedad». El *homo economicus* es una invención reciente, pues es a la vez proyecto y producto de las sociedades del *laissez-faire*. La subordinación de lo social a lo económico —que con empecinamiento continúan defendiendo hoy los adalides del neoliberalismo— no solo ha generado en Occidente una ola de miseria que el término «cuestión social» eufemiza, sino que ha minado en las comunidades dependientes de África, Asia y América las formas de vivir comunitarias y, por consiguiente, las razones de vivir. El hambre y la pobreza que se ciernen sobre estos continentes no son cataclismos naturales ni castigos bíblicos, son efectos derivados de una destrucción sistemática de las raíces de las organizaciones sociales adaptadas a la tierra. El tercermundismo, ese concepto que reenvía a condiciones extremas de desarraigo y pobreza, y del que con ligereza se sirven algunos intelectuales orgánicos para descalificar a sus adversarios, es en realidad un producto del liberalismo desplegado a escala internacional. André Gorz extrajo las conclusiones de esta explicación cuando señaló que «lo mejor que podríamos hacer por el Tercer Mundo es ayudarlo ideológica, política y técnicamente a

ahorrarse un tipo de industrialización que nosotros estamos en vías de superar».

2. La libertad en una sociedad compleja

En un congreso de sociología que se celebró en Inglaterra en 1946, Polanyi sintetizó algunas de las líneas de *La gran transformación* en los tres puntos siguientes:

- El determinismo económico es primordialmente un fenómeno del siglo XIX que en la actualidad ha cesado de ser operativo en la mayor parte del mundo; únicamente funcionó en un sistema de mercado que está a punto de desaparecer rápidamente de Europa.
- El sistema de mercado ha deformado unilateralmente nuestra visión del hombre y de la sociedad.
- Esas percepciones deformadas constituyen hoy uno de los principales obstáculos que nos impiden resolver los problemas de nuestra «civilización».

La crítica de la racionalidad económica, el cuestionamiento de un corpus técnico-científico de carácter formal y universalizante que pretende convertirse en la última *ratio*, es decir, en razón fundante de la producción y de los intercambios, constituye un punto de partida para evitar que las políticas sociales se vean supeditadas a los tecnócratas, quienes, al divinizar los parámetros económicos, se convierten en los sumos sacerdotes del orden social. La tan manida retórica sobre la recuperación de excedentes, el crecimiento de la economía, e incluso «el milagro económico», o la modernización funciona como una cáscara vacía cuando se la desvincula de las poblaciones directamente concernidas y del modo en que los distintos grupos sociales se ven afectados por esos parámetros macroeconómicos. La clave, por tanto, del nuevo marco de interpretación está en determinar cómo los procesos económicos se institucionalizan en diversos tiempos y lugares.

Polanyi, a diferencia de Talcott Parsons y de los seguidores de la teoría de sistemas, que han insistido en la tendencia de

las sociedades a diferenciarse en subsistemas dotados de una lógica propia —idea que para A. Gouldner no es sino el efecto inducido en el interior de la teoría por la autonomía práctica del mercado en las sociedades del *laissez-faire*—, distingue los principios de reciprocidad, de redistribución y de intercambio para dar cuenta de las formas históricas que han adoptado las relaciones económicas en las diversas formaciones sociales. En consecuencia, el conocimiento de las sociedades primitivas, o de las sociedades del pasado, no sólo nos permite una crítica del carácter separado, excluyente y exclusivo de la economía liberal, sino que nos proporciona un contraste alternativo del que podemos extraer lecciones para una integración más ecológica y humana de la economía en la sociedad. ¿Y no es precisamente esa vieja aspiración de igualdad la raíz misma del proyecto socialista?

La obstrucción de los liberales a toda reforma que implicase planificación, reglamentación y dirigismo ha hecho —escribe Polanyi— que fuese prácticamente inevitable la victoria del fascismo.

Tal fue el resultado de la defensa a ultranza de la libertad individual y de la fe ciega en el mercado frente a cualquier tipo de racionalidad colectiva. Correlativamente, en 1944, ya no se hacía grandes ilusiones respecto a la Unión Soviética:

La URSS, que ha utilizado la planificación, la reglamentación y el dirigismo, no ha puesto en práctica todavía las libertades prometidas en su Constitución y, según opinan los críticos, no lo hará posiblemente nunca.

El nacimiento en los países occidentales del Estado social constituyó una especie de tercera vía. A la luz de *La gran transformación* se puede comprender mejor la ruptura que supuso la instauración del Estado social respecto al sistema liberal. Los principios de la reciprocidad y la redistribución se convirtieron en moduladores del mercado. El Estado asumió un papel central en la planificación económica y en la protección del tejido

social. La fijación de un salario mínimo, los seguros de enfermedad y desempleo, en suma, la seguridad social constituía el trasfondo de las políticas económicas caracterizadas a su vez por la fijación de tipos de interés, la determinación de zonas prioritarias de inversión, la regulación de los flujos monetarios a través de los bancos centrales... Economía y sociedad se articulaban así a través del papel mediador del Estado, motor de la economía, principal agente de los servicios asistenciales, instancia «redistribuidora» por antonomasia, centro de apropiación en la comunidad. De este modo, la política pasó a ocupar el puesto de mando. El sistema político debía garantizar a la vez la libertad de los ciudadanos y promover su igualdad mediante un reparto más justo de la riqueza y de las rentas obtenidas mediante el sistema fiscal. En unos países fueron los partidos socialdemócratas quienes desarrollaron este nuevo modelo de gobierno, mientras que en otros el protagonismo correspondió a los democristianos, e incluso a los conservadores, lo que prueba la común voluntad de las naciones democráticas de preservar a toda costa el espacio social tras la Segunda Guerra Mundial. «Los fallos más destacados de la sociedad económica en la que vivimos son su fracaso en proporcionar pleno empleo y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y de las rentas» escribía Keynes en el último capítulo de su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1935). La regulación económica desde el Estado se mostraba pues como la solución providencial.

No hubo que esperar a la crisis del petróleo, tras la década prodigiosa, para que surgiesen los problemas, pese a que esa crisis y los cambios que en estos diez últimos años⁴ se han sucedido ante nuestros ojos hayan contribuido a idealizar la memoria de tiempos pasados en aquellos países que no padecieron dictaduras. En 1956, C. Wright Mills escribía *La élite del poder* para referirse a la poderosa minoría reinante en los Estados Unidos de América, a esas jerarquías que controlan el Estado, las empresas económicas y el ejército y se arrojan en exclusiva

4. Los autores de la «Introducción» se refieren a la década de 1980.

las grandes decisiones. Este triángulo acaparador de poder constituye el directorio que mina el poder social de los ciudadanos. En la sociedad de masas, las muchedumbres solitarias se ven asistidas y controladas por organizaciones e instituciones burocratizadas y distantes que las reducen a la condición de sujetos sometidos. El *homo psicologicus*, preocupado sobre todo por su salud y su seguridad, y enquistado en el narcisismo, toma así el relevo al *homo economicus*. La amenaza neoliberal no debe pues eclipsar las realidades, ya que el Estado social, a pesar de que supuso un enorme progreso, es manifiestamente mejorable y dista de haberse convertido en el ideal de una sociedad participativa y autogestionada. Si el discurso del «retorno de la sociedad civil» puede gozar hoy de alguna credibilidad ello se debe a que se nutre, como si fuese la única opción posible, de la organización piramidal y corporativa de las instituciones, así como de los desajustes existentes en el funcionamiento de los servicios públicos.

En el momento actual, cuando la globalización neoliberal ha generado en el mundo decenas de millones de parados, cuando se extiende el trabajo precario, la inseguridad social y crecen sin cesar las desigualdades entre los grupos y las clases sociales, así como la distancia entre los países ricos y los pobres, retornan los cánticos laudatorios al mercado, al individuo y a la cultura empresarial en nombre de un redivivo *laissez-faire*. Las multinacionales imponen su ley a los gobiernos que, en un clima de internacionalización del capital, no saben cómo resolver el dilema que el desempleo y la crisis generan en una espiral infernal: promover la inversión de capitales y asegurar a los inversores la obtención de excedentes al precio de un abaratamiento de la mano de obra, contratación temporal, exenciones fiscales, limitación de derechos laborales y sindicales, en suma imponiendo la degradación de las condiciones de empleo, o bien, resistir ese chantaje de los inversores haciendo valer derechos sociales fundamentales, fomentando la democracia obrera y velando por el cumplimiento del derecho laboral al precio de dejar de presentar un aliciente para la inversión de los capitalistas con la consiguiente agudización de los problemas de desempleo,

depauperización y fuga de capitales. El capital no tiene patria, tampoco tiene corazón; es como un tejido canceroso que crece diluyendo lo social, aniquilándolo.

El principal mérito de la obra de Karl Polanyi consiste en desenmascarar históricamente ese chantaje económico que utiliza a la sociedad como rehén. Es preciso romper el falso dilema planteado en términos economicistas, descubrir en las nuevas apologías del mercado autorregulado el retorno de los viejos fantasmas del pasado; es preciso, en consecuencia, promover el socialismo a escala nacional e internacional, porque lo que está en juego no es simplemente la defensa de la clase obrera sino «una cuestión de vida o muerte para la humanidad».

Los proyectos de creación de un espacio social europeo, los procesos de democratización que se están operando con altibajos en los países salidos del socialismo real, el empuje de movimientos democráticos en países del Tercer Mundo, son algunos signos que nos ayudan a encarar el futuro y que contrastan con el auge del fundamentalismo religioso, las tramas negras de la corrupción, el esplendor del capitalismo especulativo y del narcisismo nómada. De los análisis realizados por Karl Polanyi en *La gran transformación* se desprende la necesidad de buscar nuevas maneras de vivir acordes con una sociedad cada vez más libre, justa e igualitaria, en suma, con una sociedad democrática de economía planificada que defenderá conscientemente el objetivo de la supervivencia de la humanidad.

Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría